

ORESTES BROWNSON

EL CENTENARIO DE UN GRAN CONVERTIDO

CIENTOS años acaban de cumplirse de aquel día en el cual Orestes Brownson doblaba su maciza cabeza en el bautisterio de la vieja catedral de Boston, para ser admitido en la Iglesia Católica. Y aun cuando son contados los que en la hora presente hayan pensado en Brownson, su conversión sin embargo causó una conmoción mayor en Nueva York que la que había de experimentar un año más tarde Inglaterra con la conversión de Newman. Es que en Brownson no encontramos aquellos rasgos definidos que permitieran presagiar una futura conversión. No es el caso del asceta clérigo sajón cuyos nexos estrechos con la Alta Iglesia y cuyos tratados teológicos eran huellas que con demasiada evidencia iban marcando su rumbo hacia Roma. Encontramos en Brownson al yanqui cortante y tesararudo, al ministro ex-Unitario, al editor de la ruidosa y turbulenta revista trimestral, cuyas páginas, durante años, estuvieron atiborradas de críticas anti-Católicas. Y esa Brownson se convierte al Catolicismo.

Brownson tuvo una carrera brillante. Siempre fué considerado como uno de los pensadores más profundos que hubiera en América y más de un yanqui empecinado ha confesado sin sonrojos la deuda que con él tiene. Así, Jorge Ripley, quien dirigió la hégira de los trascendentalistas desde sus etiqueteros pero placenteros hogares de la Nueva Inglaterra hacia las apacibles tierras de Brook Farm, le escribe un día a Brownson la siguiente confesión: "Si yo no le hubiera conocido a Ud. nunca me hubiera comprometido en esta empresa, la cual considero como la encarnación de aquellas ideas trascendentales que tantas veces sostuvimos en común y que, gracias a Ud. yo he aprendido a amar".

Con frecuencia visitó Brownson la Granja y el pequeño grupo de intelectuales allí desaterrado solía deleitarse durante largas horas escuchando aquella palabra que, elocuente, forjaba duras verdades mientras el recto puño del orador golpeaba sin cadencia la vieja mesa de la sala de recibo. Y más de una vez le fué imposible a aquellos aficionados filósofos el seguir en su vuelo aquella palabra perdida para ellos en la estratosfera de la metafísica. Cierta día hasta el mismo Ralph Waldo Emerson, después de oír a Brownson discutir uno de esos abstractos

problemas, se voltea con rígida actitud hacia el resto de la compañía y se queja de encontrarse metido dentro de una verdad en la que él no puede penetrar pero que a él lo tiene completamente compenetrado.

Lógica vs. Brook Farm.

Con el tiempo, los agricultores de la Brook Farm, acostumbrados como estaban a la dieta caldeada y poco alimenticia de los metafísicos alemanes, empezaron a encontrar demasiado fría la lógica de Brownson. Y ante los ataques de Brownson contra su idolatrado Kant opusieron ellos toda su firmeza pero lograron pocas veces oír sus débiles voces siempre apagadas por el rodante bordón de la voz del yanqui. Y si alguna vez lograron esas protestas alcanzar el oído de Brownson, sólo tuvo para ellas una de estas dos respuestas: o un silogismo o un bufido.

Pero en realidad, esas brusquedades fueron un daño que estropeó su eficiencia de apologista. Pateaba las dificultades en vez de resolverlas. Así, una tarde en que un agricultorcillo, indignado por un elogio del filósofo para la Iglesia Católica, le preguntó sarcásticamente si aprobaba a los sacerdotes de la Inquisición que calcinaban los pies de los tiernos niños, la respuesta de Brownson no se deja esperar y con crueldad le dice: "Ciertamente que sí, ya que mejor fué para ellos el tener sus pies asados en esta vida y no el haber tenido sus almas calcinadas por siempre en la otra".

Como resultado de esa lógica inhumana se fué haciendo cada vez más fría la bienvenida que se le brindara a Brownson en la Granja. Sin embargo, retirado él, su influencia perduró allí por largo tiempo. Más aun, varios de aquellos que un día oyeron su palabra, terminaron finalmente por ingresar en la Iglesia Católica.

E. Thoreau fué uno sobre quien pesó con fuerza la influencia de ese yanqui. Mientras estudiaba en Harvard, Thoreau, que era preceptor de los hijos de Brownson, aprovechaba las horas libres y, aunque con toda la timidez de un trascendentalista joven, pasaba largos ratos a la luz de la vela, conversando y argumentando con Brownson. Las sutiles especulaciones y la lógica exaltada de Brownson impresionaron hondamente al

joven Thoreau, el cual escribió al profesor un año más tarde exponiéndole la influencia que habían tenido en su conversión aquellas conversaciones. Dice así: "Constituyeron una época de mi vida. El amanecer de un nuevo *Lebenstag*. Son para mí un sueño ya dormido, pero que vuelve a mi memoria una y otra vez y siempre con su frescura original".

La Revista Trimestral de Boston.

En 1838 fundó Brownson un periódico que fué uno de los más notables en la primera literatura americana: **La Revista Trimestral de Boston**. Y allí, como editor y virtualmente como único contribuyente, se colocó por encima de las dificultosas payasadas de un país que estaba en sus comienzos.

Sus escritos fueron acogidos con calor. Thoreau, al ver la primera edición, le escribe a Brownson: "Me gusta el espíritu de independencia que la distingue. Ya era tiempo de que tuviésemos nosotros dónde encontrar la expresión del pensamiento americano". Ejemplares de esta revista supieron encontrar hasta la ruta de Francia, donde hicieron las delicias de Cousin, el distinguido filósofo francés. Y tan impresionado quedó Cousin del talento de Brownson como pensador que años más tarde trabajó porque se designase al editor yanqui para la cátedra de filosofía en Harvard.

Pero, para horror de los rectos conservadores de la Nueva Inglaterra no se limitó Brownson a las especulaciones filosóficas. Pronto se dió a condenar el industrialismo, hasta entonces sacrosanto. El industrialismo que para entonces exprimía la energía y las economías del jornalero en América, sometiendo a millares de seres a la servidumbre proletaria. De una manera contraria al pensar de su época, sólo sintió Brownson desprecio por los "respetables" dueños de talleres donde se imponía un trabajo excesivo por un escaso jornal. "Patrones, decía él, que vocean por la libertad, porfían por la igualdad y se horrorizan porque hoy colonos en el Sur que mantienen sus esclavos".

Con todo, al igual que muchos otros pensadores políticos, Brownson hubiera podido presentar un análisis brillante pero sólo una solución pobre para remedio de los males sociales de nuestros días. Con solemnidad, y también con desatino, propuso que la propiedad fuese redistribuida bajo bases de igualdad. Propuso que el derecho de herencia quedase abolido. Ambas proposiciones

fueron recibidas con el desprecio que merecían tanto por el rico como por el pobre, no quería tampoco prescindir de la esperanza de poder un día poseerlas. Ahora bien, sucedió que Brownson, con su típica indiscreción, publicó poco antes de las elecciones de 1840, uno de sus artículos más radicales. Y como Brownson era el más íntimo asociado de Van Buren, el partido opuesto a éste aprovechó la oportunidad que se le presentaba e inundó el país con reimpresiones de ese artículo, proclamando por todas partes que la política de Brownson era la política de Van Buren. Como resultado final, quedó Van Buren aplastado en las elecciones. Quedó también profundamente amargado contra Brownson a quien siempre acusó como responsable de su derrota en las elecciones.

Cosa extraña! Esa derrota de Van Buren parece haber sido uno de los factores principales que condujeron finalmente a Brownson a la Iglesia.

Hasta ese momento, él se había manifestado más o menos acorde con la herejía humanitaria. Pero, después de presenciar las idioteces de las elecciones de 1840, después de contemplar a un populacho ebrio que, bailando en las calles, reclamaba para su candidato la Presidencia de la nación, alegando casi como única causa para ello el que ese candidato había sido creado en una rústica cabaña, había sido alimentado con cidra fuerte, entonces empezó Brownson a perder la fe que en los hombres tenía. Empezó a buscar a su alrededor una fe que fuese más firme.

Dentro de la Iglesia.

En realidad, Brownson, durante sus largos años de odisea periodística, pensó muchas veces en la Iglesia Católica y aun cuando con frecuencia la condenó en sus escritos, siempre sintió predilección por su lógica inflexible. Sus amigos sabían esto. Así, un día al entrar Daniel Webster en una librería de Boston, encontró en ella a Brownson quien, revisando un estante, se había detenido ante un libro católico cuyas páginas estaba hojeando con lentitud. Daniel Webster, al darse cuenta de lo que pasa se acerca más a aquella figura alta y barbuda que sobre el libro se inclina y, colocando una mano en la espalda de su amigo, le dice sonriente: Tenga cuidado en su manera de examinar la Iglesia Católica, a menos que que quiera usted convertirse al Catolicismo, porque las doctrinas Católicas son pura dialéctica".

Brownson no hizo caso del consejo juguetón. Escudriñó la Iglesia Católica. Encontró lógicas sus doctrinas y una mañana resplandeciente del mes de Mayo de 1844 golpeó en la puerta de la residencia del Obispo de Boston. El conserje, al ver en el umbral de su puerta a aquel gigante barbudo, corre excitadísimo y le anuncia al Obispo que el Gobernador en persona ha venido a visitarlo. Bien pronto supo el Obispo que era tan sólo un nuevo intelectual que venía a pedir que lo instruyeran. Cinco meses más tarde, el 20 de Octubre de 1844, recibía Brownson las aguas del bautismo.

Y el trabajo de Brownson para difundir el Catolicismo será ahora tan árduo como árduo fué anteriormente su empeño por destruirlo. Escribió y disertó sin descanso en defensa de la Fe. Y su entusiasmo, en más de una ocasión, lo hizo cometer despropósitos. Así, una vez publicó que todo el que muere fuera de la Iglesia Católica está condenado. Y cuando las autoridades eclesiásticas y los teólogos protestaron ante eso y le advirtieron que la doctrina Católica no predica la condenación para aquél que estando de buena fe fuera de la Iglesia Católica muriese sin tener en su conciencia ningún pecado mortal, Brownson no admitió la amonestación y despidió a los amonestadores tildándolos de "contemporizadores".

Por otro lado perdió también Brownson la simpatía de millares de Católicos residentes en los Estados Unidos al atacar aquello que él juzgó como espíritu anti-americanista existente entre sus correligionarios recientemente inmigrados al país. Y no carecía por completo su crítica de justificación. Para ese entonces había tomado cuerpo entre muchos de los recién llegados de Irlanda y de Alemania (muchos de los cuales eran Católicos que la persecución arrojara de sus patrias) una tendencia definida y nefasta. Tendencia que les inducía a congregarse en pequeñas colonias, separándolos en absoluto de la cultura y costumbres de los demás habitantes del país. Más aun, se dió el caso, y con frecuencia, de que inteligentes cabecillas políticos constituyesen algunos de esos grupos en poderosas minorías, valiéndose para este fin del sentimiento poderoso en ellos del amor a la vieja patria. "Tenemos que convenir, fulminó Brownson, en que el gran cuerpo de extranjeros... entre nosotros no es republicano por su espíritu, ni lo es por sus costumbres internas, ni por su vida, ni por su educación".

Al verse los irlandeses y alemanes Católicos atacados así, tan vasta como hasta

cierto punto injustamente, no tuvo límites el resentimiento que experimentaron. Y Brownson fué entonces vituperado con el mismo ardor con que fuera anteriormente bendecido en las Pequeñas Irlandas y las Pequeñas Alemanías diseminadas por todo el país. Más aun, algunos Obispos, cuya nacionalidad extranjera, tomaron lo expuesto como una crítica directa contra sus propias acciones y desde entonces y secretamente, atacaron al ilustre convertido.

Rompientes filosóficas

Mayores debían de ser aún los disgustos que le tocara a Brownson cosechar por sus artículos religiosos. La organización trascendentalista había ejercido sobre él una influencia de cuya magnitud él nunca se dió cuenta. Algunas ideas nebulosas sobre la comunión con Dios a través de la naturaleza habían tomado asiento de manera permanente en la parte intelectual de su sér. Y esta fué la razón por la cual, al encontrar esos mismos pensamientos expresados con mayor coherencia por el filósofo italiano Gioberti, Brownson se adhirió con entusiasmo a muchos de ellos.

Había enseñado Gioberti que la mente, al despuntar de la razón, tiene confusa idea de Dios. Visión que ayudaría más tarde al progreso intelectual. Con una evidencia que no deja lugar a dudas, encontramos la influencia de esas ideas en las siguientes sentencias de Brownson: "En Dios vivimos, actuamos y estamos. Por lo tanto es sólo en El que podemos ver, saber o concebir"... "La idea de Dios precede, lógicamente, a toda otra idea y de hecho... cronológicamente... Es la luz por la cual la aptitud se constituye en inteligencia...."

Esas palabras se acercan demasiado a la doctrina de Gioberti que había sido condenada. Imposible fué para las autoridades Católicas dejarlos pasar sin amonestación. Severas críticas y cargos de herejía se dejaron oír de los teólogos, tanto americanos como europeos. Brownson con altivez negó su conformidad con la doctrina de Gioberti o con la antología por él profetizada. Todo esto deja suponer que de esa época data la respuesta dada por Brownson al protestante que le preguntara si su vida en la Iglesia Católica había sido para él un lecho de rosas. Respuesta que, según dicen, no fué otra que ésta, dada con marcada brusquedad: De clavos, señor, de clavos.

A pesar de lo expuesto, la gran mayoría de los artículos de Brownson fueron ortodoxos. Su estilo fué además vigoroso y bri-

llante sin ninguno de los accesorios churriguerescos de que tan copiosa fué la prosa americana del siglo diez y nueve. En la sensata *Revista Trimestral Británica*, al referirse a él, lo llaman el mayor editor Católico de América. Pío IX públicamente expresó su admiración por Brownson y el Conde de Montalembert, al planear la fundación de la "*Revista Católica Trimestral*" para Europa, se dirigió al yanqui convertido pidiéndole su colaboración. El Cardenal Newmann lo llamaba "el mayor, y en gran escala, de los pensadores habidos en América". Y, cuando el mismo Cardenal pensó en organizar el cuerpo de profesores para la Universidad de Irlanda, le escribió a Brownson ofreciéndole una cátedra.

Contra la corriente.

Pero Brownson, por sus imprudencias y por las explosiones de cólera que a veces estallaban en sus editoriales, resultó en América, a pesar de su lustre, una figura impopular. Sus errores filosóficos dieron lugar a que fuese considerado como un indefinido y tal vez como un escritor peligroso. Los suscriptores de su revista fueron siendo cada vez menos numerosos. Pero, a pesar de todo esto, Brownson conservó siempre su estandarte en alto. Aun cuando publicase más de 150.000 palabras al año, su palabra fué siempre algo más que un mero periodismo. En la mayoría de los casos nos ofrecen sus ensayos filosóficos e históricos una prueba evidente de su extensa y asombrosa erudición. Erudición amasada tal vez para sacarle provecho. Pero, la erudición, para la erudición en sí, nunca ha sido muy apreciada por los prácticos yanquis. De Brownson son estas palabras: "La literatura no debe nunca perseguirse como fin intrínseco. El objetivo de un estudiante no ha de ser llegar a ser un erudito, sino poder hacer aquello que sin erudición es imposible".

Pero el brillo de sus escritos no logró conquistar la impresión de sus fortuitas asperezas, a lo menos en la mente de muchos Católicos. Hay que advertir que Brownson tenazmente hasta el fin, persistió en sus

miras sobre los Católicos extranjeros. Llegó en esto tan lejos hasta declarar que América no llegaría jamás a ser convertida puesto que los nativos americanos no podían juzgar el Catolicismo sino a través de las masas incultas de hombres y mujeres que, provenientes de las naciones Católicas, inundaban el país. Siendo necesario el cese de esa invasión para que hubiese en el país Católicos educados que la hicieran honor a su religión.

Inevitable fué el que Brownson se viese obligado a suspender la revista. Se retiró a Detroit como se retira un veterano, viejo pero indómito. Nunca había escrito por el único fin de obtener popularidad. Había dedicado lo mejor de su vida a la extensión de la Iglesia en América. Y no titubeó nunca en lanzar su crítica contra los Católicos, si alguna vez lo juzgó necesario en defensa del mismo Catolicismo.

En los primeros años de su carrera manifestó así su opinión: "Siempre que una acción sea precisa, que una causa necesite empuje no busquéis, sino en último término, para encomendársela a uno de esos hombres que el mundo juzga intachables". Brownson nunca fué un intachable. Pero fué siempre sincero aun cuando esa sinceridad significase impopularidad. Razón por la cual murió casi olvidado un lunes de Resurrección, el 17 de Abril de 1876.

Relativamente se escribió muy poco sobre este gran Católico en los días que siguieron a su muerte. El hijo de Brownson editó y publicó las obras de su padre. Pero el público tuvo para esas obras muy escasa atención. Sin embargo, en estos últimos años, las interesantes pesquisas sobre la influencia ejercida por sus pensadores en la América primitiva han arrojado una nueva luz sobre la figura de Brownson. Sus críticas filosóficas y políticas han sido releídas y palmo a palmo se va desenterrando la importancia de su figura. Más, por uno de esos caprichos que suele tener el destino, esa reintegración de Brownson en la celebridad ha venido casi a coincidir con la fecha centenaria de su renacimiento en la Iglesia Católica.

R . W . M a l l i g a n